

Lectura 7. Enarson, Elaine y Morrow, Betty Hearn, “¿Por qué ‘género’? ¿Por qué ‘mujeres’? Una introducción al tema de las mujeres y los desastres”, título original en inglés: “Why Gender? Why Women? An Introduction to Women and Disaster”, en *Through Women’s Eyes*, Elaine Enarson and Betty Hearn Morrow (eds.), IHC, Laboratory for Social and Behavioral Research, Miami, 2000, pp. 1-8. Traducción al español por Emilia Reyes y Yuri Herzberg,

¿Por qué “género”? ¿Por qué “mujeres”? **Una introducción al tema de las mujeres y los desastres**

Elaine Enarson y Betty Hearn Morrow

Los desastres son eventos complejos y eminentemente sociales, que reflejan no tanto la incontrolable fuerza bruta, sino la interacción de los peligros y los eventos naturales con las estructuras sociales y las comunidades políticas (Mileti et al. 1975; Dynes et al. 1987; Drabek 1986). Paradójicamente, aprendemos más sobre nosotros mismos y sobre los entornos físicos, sociales y políticos que hemos construido cuando nuestras vidas, que sentimos muy seguras, se ven perturbadas por un desastre. Los eventos inesperados como los terremotos o los huracanes capturan los encabezados de los periódicos, siendo que la mayor parte de la población en el mundo corre mayor riesgo de sufrir daños por peligros permanentes, a menudo menos visibles, como el crecimiento de las aguas en zona de riesgo de inundación, hambrunas o la degradación ambiental (Blaikie et al. 1994). En efecto, los retos de la vida diaria son un “desastre permanente” (Maskrey 1989) para una parte considerable de la población más pobre del mundo.

Los costos humanos y económicos de un desastre se elevan conforme se acerca el fin de siglo, reflejando no sólo los caprichos de la naturaleza, sino también la continua urbanización, el empobrecimiento, y los patrones globales de desarrollo insostenible. El ejemplo más trágico de pérdidas humanas es Bangladesh, donde los desastres han provocado la muerte de más de 600 000 personas en los últimos veinte años (Alexander 1995). En naciones más desarrolladas, las tasas de mortandad tienden a ser menores pero las referencias económicas son impactantes. El costo estimado del huracán Andrew, el desastre natural más costoso de los Estados Unidos hasta la fecha, alcanzó los 28 mil millones de dólares (Hebert et al. 1996). Solamente el daño total que resultó de los desastres naturales en la región Asia-Pacífico en 1995 se estimó en 12 mil millones de dólares y el costo de un solo terremoto (Kobe, Japón) se estimó en más de 50 mil millones (Comisión Económica y Social de las Naciones Unidas para Asia y el Pacífico 1995). Estos datos ayudan a explicar la razón del llamado global para la mitigación extendida de los desastres. Tanto los científicos sociales como los asistentes profesionales para el manejo de los desastres quieren y necesitan saber qué piensan las comunidades acerca del riesgo de peligro, y cómo se organizan para mitigar, prevenir, sobrevivir y recuperarse de un desastre.

Las fuerzas destructivas dejan a su paso agitación social y sufrimiento humano. También fascinan a los estudiosos del comportamiento humano, de la organización y del cambio social. Los investigadores de los desastres en Estados Unidos, que se caracterizan por ser funcionalistas en espíritu, se han concentrado ampliamente en un evento único, inesperado,

aislado del contexto sociopolítico y cultural anterior al desastre y en la recuperación de los sistemas sociales y de la preocupación individual. Estos estudios han ignorado en su mayoría las interacciones entre el desastre y la estratificación económica o racial/étnica, aunque en la última década las experiencias de desastres de las poblaciones minoritarias y de los pobres han sido abordadas de manera más directa (p. ej. Bolina Bolton 1986; Perry y Mushkatel 1986; Perry 1987; Perry y Lindell 1991; Phillips 1993; Peacock et al. 1997).

Sin embargo, la vulnerabilidad ante los desastres no está distribuida equitativamente. Los patrones globales insostenibles de asentamiento, manejo de recursos, organización social y economía política colocan a algunos grupos de la población en una situación de mayor riesgo de desastre que a otros (Cutter 1995; Blaikie et al. 1994; Downs et al. 1991; Anderson y Woodrow 1989; Oliver-Smith 1986; Anderson 1994; Maskrey 1989; Varley 1994a). La exposición al peligro y al riesgo ambiental de un desastre catastrófico, como otras oportunidades en la vida, está delineada por estructuras sociales cruciales de casta y clase, raza y etnicidad, edad y capacidad física, sexo y género. Los individuos y los grupos sociales cargan con diferentes y desproporcionadas “cargas de vulnerabilidad” (Cannon 1994). Los hogares y las comunidades varían de forma significativa en cuanto a los impactos del desastre y a los recursos disponibles, tanto privados como públicos, para responder y para recuperarse de una crisis (Bolin 1982, 1993; Winchester 1992; Wiest et al. 1994).

Pasada la tormenta, y una vez que las aguas vuelven a su cauce, las familias pobres de todo el mundo sufren las pérdidas más grandes y tienen acceso a menores cantidades de recursos para recuperación, tanto privados como públicos, ya sea en las sociedades postcoloniales en desarrollo como en las ricas naciones industrializadas como los Estados Unidos (p. ej. Bolin 1982, 1986; Bates 1982). Estas desventajas son particularmente significativas cuando las mujeres mantienen a niños y adultos mayores, como es el caso de cada vez un número mayor de personas en los Estados Unidos y en el mundo entero (Ahlburg y DeVita 1992; Jacobson 1993). Si se hace un balance, las mujeres son el sector de la población que se encuentra en mayor riesgo cuando las condiciones de peligro detonan un evento desastroso, desde un ciclón hasta una sequía (Ikeda 1995; Schroeder 1987; Vaughan 1987). Los autores del texto principal en el libro sobre vulnerabilidad ponen esto de relieve en *At Risk: Natural Hazards, People's Vulnerability and Disasters* (Blaikie et al. 1994:48):

El género es una división generalizada que afecta a todas las sociedades, y pone los recursos sociales y económicos lejos del alcance de las mujeres, facilitando a los hombres el acceso a ellos. A menudo a las mujeres se les niega el voto, el derecho a heredar tierras, y generalmente tienen menos control sobre las oportunidades para obtener un ingreso y dinero en efectivo en sus hogares. Normalmente el acceso que tienen a los recursos es inferior al de los hombres. Puesto que nuestro argumento es que un menor acceso a los recursos, en ausencia de otras compensaciones que provean de condiciones seguras, lleva a una vulnerabilidad mayor, afirmamos que en general las mujeres son más vulnerables a los peligros.

Los desastres revelan las estructuras de poder comunales, regionales y globales, así como las relaciones de poder dentro de las relaciones íntimas. Se han desarrollado argumentos teóricos convincentes para analizar los desastres más ampliamente, en particular la interacción entre los componentes culturales y organizacionales (p. ej. Oliver-Smith 1996; Erikson 1976; Faupel 1985) y la ecología sociopolítica de los desastres (Bates y Peacock 1993; Bates y Pelanda 1994; Peacock et al. 1997). Estas formas de pensar acerca de los

desastres reconocen el conflicto, así como la cooperación dentro de las comunidades humanas y sitúan el análisis del peligro y el riesgo en un contexto estructural. Este marco emergente es particularmente apropiado para examinar el género y los desastres, un esfuerzo al que contribuyen la teoría feminista y la categoría de género.

El terreno de género de los desastres

Los desastres nos dan muchas lecciones, aunque sea negativamente: dónde no se debe construir, dónde no se debe construir una presa o no talar árboles, cómo no se debe reconstruir o reubicar a los sobrevivientes. Una de las lecciones aprendidas, cuando planteamos las preguntas correctas, es cómo las relaciones de género afectan en la experiencia y la recuperación del desastre. Tan dominante como las relaciones económicas, de raza y de edad que caracterizan los sistemas sociales, las relaciones de género a menudo permanecen en la oscuridad, aunque sólo sea porque son parte de nuestro mundo que damos por hecho como mujeres y hombres.

El género no gana significado hacia la socialización por medio de un discreto rol de género, no más de lo que la clase social o la etnicidad son asumidas como roles, sino que es un principio organizativo primordial para la vida social. Su significación emerge en una compleja matriz de raza, etnicidad, cultura, clase, sexualidad y edad y cambia a través de la experiencia de vida y de la lucha política (p. ej. Eisenstein 1994; Baca Zinn et al. 1994; Peterson y Runyan 1993; Brydon y Chant 1989). Los científicos sociales han documentado en gran detalle cómo históricamente patrones específicos de relaciones de género en el interior de cualquier comunidad o cultura define la identidad individual y la interacción social, segregando, estratificando, y simbólicamente engendrando instituciones sociales clave (para una visión de conjunto, véase Rosaldo y Lamphere 1974; Hess y Ferree 1987; Lorber 1994). El resultado no es uniformidad en las experiencias de las mujeres, sino más bien diversidad, tanto en el interior de cualquier sociedad dada como entre las culturas del mundo. Como la identidad racial de “los blancos”, el género de los hombres a menudo se olvida pero ciertamente sus vidas están marcadas por el género y las relaciones de género.

Interculturalmente, el poder de género y el privilegio demarca la división del trabajo en las rutinas cotidianas y en la economía global, el control sobre la tierra y las herramientas, el acceso a la capacitación y a la educación formal, la práctica de la ciencia y las artes, el control sobre el propio cuerpo y el tiempo, las condiciones en el hogar y los patrones de transporte, el uso de espacios públicos, servicios de nutrición y salud, recreación, expresión de las emociones y de la sexualidad y, por supuesto, instituciones militares, religiosas, políticas y económicas (para una visión de conjunto, véase Epstein 1988; Lorber 1994; Turpin y Lorentzen 1996; Ward 1990; Connell 1987, 1995). El sexo y el género funcionan como marcas para distribuir eventos en la vida tales como la exposición a la violencia, alfabetización y auto-expresión, e incluso la mera oportunidad de nacer y sobrevivir. Tenemos un claro ejemplo de desastre, dolorosamente ilustrado con un caso ocurrido en Bangladesh, en el que un desesperado padre y sus cinco hijas e hijo están en medio de un ciclón y una inundación (Akhter 1992:64): “En su lucha por sobrevivir, (él) soltó a sus hijas una después de la otra, para que su hijo pudiera sobrevivir”.

La experiencia social de un desastre reafirma, refleja, desestabiliza, y por otro lado compromete las relaciones sociales, las prácticas y las instituciones de género. Los desastres se desarrollan en estos sistemas sociales altamente marcados por el género. El manejo de desastres, correspondientemente, está marcado por el género, conformando las decisiones ambientales que tomamos y las contingencias que fallamos en planear, las dinámicas de nuestras organizaciones de gestión de desastres y las operaciones de ayuda, las brigadas de respuesta y los grupos de respuesta emergente, los tomadores de decisiones que elegimos para tomar decisiones y los héroes que creamos. Los desastres están ciertamente marcados por el género en los discursos que utilizamos para narrar y para referirnos a un desastre natural, en la forma en la que teorizamos y estudiamos los desastres, quién está capacitado y cómo, qué obra se publica o se financia, y quién es ese “nosotros” en la práctica dentro del desastre.

Surgida de la necesidad de una defensa y una preparación civiles, la asistencia dentro de los desastres se asocia tradicionalmente con los organismos de protección civil, los militares, la medicina de urgencias, la ingeniería y profesiones similares, y los organismos de ayuda para las crisis. En los niveles más altos, ha sido ampliamente la práctica de hombres cuyas experiencias y actitudes reflejan las normas de privilegio de género, clase, y racial. Como el proverbial pez en el agua, la mayoría de los estudiantes varones que estudian los desastres trabajaron en entornos dominados por hombres donde el trabajo manual se asumió “bajo la mirada masculina”. Este legado de un sesgo masculino no examinado en la investigación, la teoría y la práctica nos ayuda a explicar por qué hemos aprendido tan poco acerca del trabajo emocional de los hombres durante la recuperación de un desastre y sobre el trabajo físico de las mujeres. Las relaciones de género y las diferencias de poder de género siguen sin examinarse, especialmente en la investigación y la asistencia a los desastres en las sociedades industriales avanzadas.

Los observadores de la vulnerabilidad ante los desastres en los países en desarrollo en África, América Latina y Asia son más sensibles a las dinámicas de género, pero también tienden a subsumir el género bajo la rúbrica de clase y cultura. Exceptuando el reciente trabajo de Blaikie, Cannon, Davis y Wisner (1994) y la reciente literatura sobre género, sequía y hambruna (Agarwal 1990; Jiggins 1986; Vaughan 1987; Schroeder 1987; Downs et al. 1994), las mujeres y las relaciones de género rara vez se analizan directamente. Entre otros temas, las relaciones de género en la mitigación dentro de la comunidad y las políticas de género para la reconstrucción de ésta son dejadas, en su mayor parte, sin examinar. Al grado de que la forma en como pensamos el peligro y el riesgo, influye en la forma en que concebimos la práctica de los desastres, lo cual constituye una grave pérdida.

Capacidades y vulnerabilidades: la necesidad del equilibrio

La declaración del año de 1995 como la Década Internacional de las Naciones Unidas para la Reducción de los Desastres Naturales (IDNDR por sus siglas en inglés) para centrarse en las mujeres y los niños como la “clave de la prevención” proveyó de fuerza a los brigadistas profesionales en todo el mundo para documentar y compartir su trabajo. Mesas redondas nacionales sobre las mujeres y las emergencias dieron como resultado iniciativas prácticas en muchos países, incluyendo nuevos comités e institutos gubernamentales (Túnez, Guatemala, Irán), publicaciones y exhibiciones (Etiopía, Perú, Jordania), y organizaciones

o conferencias (Grecia, Italia Colombia), tal como se reportó en el compendio de IDNDR (1996). Este enfoque de mediados de década realzó el potencial de las mujeres como un grupo creativo y activo, fundamental para la preparación de las comunidades y de los hogares, la respuesta a la crisis y la recuperación.

Las relaciones de género colocan a las mujeres en roles centrales en los desastres, en parte porque las mujeres están particularmente sujetas al riesgo ambiental mediante el desplazamiento y la migración urbanas, la degradación ambiental, la migración, la pobreza, y otras limitaciones a sus opciones (Shiva 1989, 1995; Reardon 1993; Cutter 1995; Steady 1993; Anderson 1994). Las responsabilidades de las mujeres de atención y cuidado, remuneradas y no remuneradas (Abel y Nelson 1990; Finch y Groves 1983; Reskin y Padavic 1994) las empuja a sostener emocional y materialmente a la familia y a la comunidad durante las experiencias de desastre y recuperación. Una división genérica del trabajo hace que las mujeres se encuentren en la vanguardia de respuesta en los momentos de crisis extrema (Dufka 1988) y a la vez que sean proveedoras a largo plazo para los miembros de la familia afectados por el desastre. Hasta donde es posible, las mujeres alimentan a las personas y las mantienen saludables y fuertes, reduciendo su vulnerabilidad ante los desastres (Bhatt 1995). El asistente profesional que se cita a continuación resalta la continuidad entre la rutina de las mujeres y el trabajo de crisis (Bari 1992:58):

Puesto que lidiar con la pobreza es más duro para las mujeres en general, las secuelas de los ciclones y los maremotos las golpea con más fuerza. Sus hombres pudieron haber perdido sus equipos de pesca necesarios para ganarse la vida, sus hijos pudieron haber muerto y sus casas y pertenencias fueron arrastradas, pero *al final del día era la esposa/madre quien tenía que cocinar para quien hubiera sobrevivido en su familia*. En todas las filas de asistencia que vi, las mujeres eran las que estaban allí primero. Ellas eran quienes recolectaban pedacitos de madera y bambú para reconstruir las casas. Como es costumbre, ellas lidiaron con los hijos enfermos y la falta de alimentos. (Las cursivas son nuestras)

La estratificación económica, racial/étnica y de edad vuelve a algunas mujeres más necesitadas que a otras antes, durante y después de un desastre, tanto entre como al interior de las culturas. La vulnerabilidad de las madres solteras, viudas, o frágiles adultas mayores es especialmente evidente, lo cual refuerza para quienes manejan los desastres y la población externa la noción familiar de que las mujeres son dependientes económicos y emocionales, víctimas prototípicas de los desastres. Como grupo, las jefas de familia se encuentran en desventaja política y económica, y tienen necesidades agudas y recursos reducidos cuando los desastres impactan sus hogares; sin embargo, a menudo son excluidas de los programas oficiales de asistencia privilegiando a los hombres como “cabeza del hogar” (Wiest et al. 1994; Vaughan 1987; Agarwal 1990; Morrow y Enarson 1996). Las mujeres responsables de niños son más proclives a experimentar altas tasas de mortalidad en los desastres provocados por terremotos (Miyano et al. 1991; Parasuraman 1995; Rivers 1982), y no abandonan sus roles de cuidadoras, sino que se intensifican durante las crisis.

Como podría esperarse, mientras menos poder económico y cultural disfruten las mujeres antes de cualquier evento, mayor será su sufrimiento después de éste. Las mujeres de bajos recursos cuyas ganancias son esenciales para la supervivencia familiar pueden morir en las inundaciones cuando ellas “deciden” quedarse en sus casas para proteger sus preciosas pertenencias o bienes. Las prácticas culturales tan sencillas como las vestimenta

obligatoria, y tan complejas como la *pardah* colocan a las mujeres en especial riesgo en algunos eventos de desastre; en efecto, simplemente el dar a los niños más comida coloca a las niñas en mayor riesgo de muerte en los desastres de hambruna (Rivers 1982). La *pardah* hace a las mujeres más vulnerables no sólo porque tienen menor acceso a los refugios de evacuación dominados por los hombres, sino porque refuerza la dependencia de las mujeres hacia los hombres en caso de alerta y para información sobre la preparación (Ikeda 1995). Las normas culturales como la reclusión de las mujeres, sin embargo, están mediadas por la casta y la clase y otros factores (Schroeder 1987).

La vulnerabilidad económica de las mujeres es a menudo extrema, haciéndolas especialmente dependientes de la ayuda después de un desastre; pero los diferenciales de poder de género, edad, estado civil y estructura familiar, así como acceso al transporte e independencia, afectan profundamente en última instancia a quien tiene acceso y obtiene los beneficios de los programas de asistencia (Begur 1993; Khondker 1996; Agarwal 1990; Vaughan 1987; Hossain et al. 1992). En una economía global que incrementa la pobreza entre las mujeres, la recuperación ante un desastre puede ser especialmente difícil para las jóvenes y las mujeres. Irónicamente, los programas de mitigación de desastres pueden exacerbar la dependencia económica de las mujeres si no son evaluados cuidadosamente para los impactos de género (Eade y Williams 1995).

Nuestros estudios sobre el huracán Andrew ilustraron muchos de estos puntos (Enarson y Morrow 1997). Los roles de cuidadoras de las mujeres se extendieron dramáticamente en todas las etapas de la respuesta al desastre y, aunque a menudo eran invisibles a quienes asistían a la población en el desastre, las redes formales e informales de las mujeres fueron centrales tanto para la recuperación de las familias como de la comunidad. Las pérdidas económicas de las mujeres eran a menudo invisibles como trabajadoras del hogar, en la economía informal, y a través del desempleo secundario, como es el caso de las trabajadoras domésticas desplazadas de los hogares destruidos de sus empleadores. No puede esperarse que los bienes de asistencia y recuperación que llegan a una casa se repartirán de forma equitativa entre sus miembros. Descubrimos que las mujeres que se encuentran dentro de una relación tradicional con algún hombre por lo general recibieron mayor ayuda para la preparación y la recuperación del desastre que las mujeres solteras jefas de familia. Documentamos las experiencias de mujeres como trabajadoras y solicitantes en el proceso de asistencia al desastre, motivando nuestro llamado a una revisión y evaluación de las tendencias de género que se detectaron en las prácticas y políticas de asistencia de los organismos de ayuda. También encontramos que las mujeres con un inglés limitado eran objeto de explotación, por ejemplo, por parte de terratenientes y contratistas; otras fueron afectadas por la desertión masculina y/o malversación de los bienes de asistencia. Algunos de nuestros informantes reportaron haberse sentido en riesgo de sufrir la violencia masculina durante el largo periodo de reconstrucción en vecindarios afectados y campamentos temporales. En general, las mujeres de bajos ingresos en el sur de Florida se vieron particularmente afectadas y tuvieron una recuperación lenta, especialmente las mujeres marginadas, como las residentes de casas de interés social, refugiadas políticas, trabajadoras migrantes y mujeres maltratadas.

Pero sólo se da a conocer una verdad parcial con las imágenes en los medios de comunicación de madres llorosas y exhaustas luchando por obtener un cubo de agua

potable para sus hijos o de pie de forma pasiva haciendo fila para obtener ayuda. Estas imágenes pueden ser explotadas cínicamente por los organismos para estimular las donaciones; también refuerzan las nociones dualistas de la subordinación de las mujeres y el poder de los hombres, por ejemplo, en frases dirigidas directamente a los donantes varones: “madres y hermanas andan sin ropa: salva su honor” (Hena 1992:71). Menos evidente es el trabajo instrumental y proactivo de las mujeres, y sus habilidades y conocimientos aprendidos en sus vidas diarias que son relevantes para los desastres. Encasillar como desventuradas víctimas protegidas y rescatadas por hombres vigilantes, las mujeres están presentes, de hecho, en cada respuesta a los desastres para mitigar y preparar, y también como rescatistas, cuidadoras, proveedoras y reconstructoras. Centrarse en el estatus dependiente de las mujeres en el proceso de ayuda y excluirlas de la recuperación de la comunidad y la toma de decisiones es una visión miope y mal encaminada.

Las mujeres granjeras en las sociedades rurales, por ejemplo, históricamente han sido administradoras de recursos con un conocimiento especializado de la comida, combustible y agua, incluyendo alimentos para las hambrunas y otras estrategias de supervivencia (p. ej. Rodda 1991; Jiggins 1986; Steady 1993). Sus trabajos diarios afinan estas habilidades y el conocimiento para la mitigación. Como principales administradoras del hogar, responsables de obtener, preservar y distribuir comida y suministros del hogar, las habilidades de las mujeres, que se dan por hecho, ayudan a preparar y a mantener sus hogares en tiempos de crisis. La labor femenina remunerada y/o trabajo informal también es un valor de supervivencia para los hogares de escasos recursos en su respuesta a una crisis (Moser 1996). Reconstruir las vidas requiere dinero y las contribuciones económicas de las mujeres en las familias sostenidas por una mujer o en las familias en las que hay dos ingresos son una forma significativa de reconstrucción asumida por las mujeres, incluyendo aquellas que en su historia no habían tenido ganancias anteriormente.

Muchos investigadores resaltan la contribución de las mujeres en la evaluación y la comunicación de las alertas de desastre, así como en las decisiones sobre la evacuación (Turner et al. 1981; Turner et al. 1986; Neal et al. 1982; Drabek 1969). Las habilidades comunicativas de las mujeres las convierte en elementos fundamentales para la integración de la familia, las relaciones extensivas con otros familiares y con el vecindario en los contextos de desastre. Un profesional de la Cruz Roja de Jamaica refleja la fuerza de las mujeres en las familias caribeñas (Clark 1995:8): “sus voces, aunque menos fuertes, resuenan en más lugares y resultan en una comunidad más educada. Los niños atienden bien las advertencias de las abuelas, las madres, las tías y otros familiares femeninos mayores. En el Caribe los niños a menudo refieren ‘mi abuela siempre dice’.”

En sociedades tributarias así como en las que se encuentran en desarrollo, las casas impactadas por desastres naturales acuden por ayuda, muy a menudo, al resto de la familia (Morrow 1997; Bolin y Trainer 1978; Bolin 1994). Esto, también, es un trabajo de desastre para abuelas, tías, hijas y sobrinas. El “trabajo emocional” de las mujeres es vital para la infancia y personas mayores dependientes, esposos y compañeros de vida, esto en términos de evacuación, pérdidas, reubicación, daño o muerte, todas como expertas proveedoras de la salud familiar, cuidadoras, así como expertas profesionales en educación, medicina y servicios humanos y sociales (Morrow y Enarson 1996; Enarson y Morrow 1997).

De forma similar, la experiencia de las mujeres como trabajadoras comunitarias, como lideresas vecinales informales y como activistas sociales, las equipa para responder a las crisis comunitarias. Cuando miramos en los lugares correctos, vemos mujeres tomando la iniciativa, convocando a juntas vecinales (Akhter 1992) y organizando las brigadas de respuesta al desastre (Enarson y Morrow, Capítulo 17, en este volumen). A pesar de que se encuentran marginadas en la práctica, un gran número de mujeres profesionales son empleadas directamente por organizaciones gubernamentales y no gubernamentales para la respuesta a los desastres (Phillips 1990; Gibbs 1990); otras mujeres están muy involucradas como trabajadoras y organizadoras comunitarias en áreas propensas al desastre (Eade y Williams 1995), incluyendo programas vecinales de preparación en los hogares (p. ej. Faupel y Styles 1993).

En el grado en que las comunidades se encuentren más integradas y cohesionadas, serán más resistentes a los desastres (por ejemplo Berke et al. 1993), este trabajo comunitario bajo control de las mujeres ayuda a mitigar el impacto de futuros desastres y es una parte importante para “levantarse de las cenizas”, rumbo a una confianza en uno mismo (Anderson y Woodrow 1989). Un alto empleado de la UNICEF con base en África sacó la conclusión natural (Fieth 1995:7): “En cualquier sociedad, la solidaridad y el apoyo comunitario es normalmente más fuerte entre mujeres, pues son mujeres que están unidas en su preocupación por sus hijos y sus familias. Esta solidaridad salva vidas en tiempos de crisis, y deben informar y dar un servicio efectivo para la prevención de desastres y políticas de mitigación”.

Dicho trabajo de las mujeres es devaluado por ser informal, así como socialmente invisible. Es comentado frecuentemente (por ejemplo Honeycombe 1994; Dobson 1994) al igual que la presión sobre las mujeres por mantener los límites de género en un trabajo de asistencia. Los patrones de género, en las respuestas de voluntarios a los desastres, son normalmente notados (por ejemplo Wenger y James 1994), pero raramente vistos como un reflejo de la defensa masculina de los valiosos papeles de respuesta, por ejemplo en el caso australiano del incendio de los matorrales (Poiner 1990):

Podía apreciarse que mientras el fuego ardía, siempre había trabajo para los hombres de todas las edades. No había un lugar para las mujeres. En cambio trabajamos donde era apropiado para nosotras –preparando la comida en nuestras cocinas que estaban llenas de carne de carnero y sándwiches de res con maíz y pepinillos y pasteles– se hizo un espacio de descanso por cada distrito de mujeres para los que luchaban contra el fuego (p. 158).

Las mujeres no salieron a combatir el fuego. A excepción de los adultos muy mayores, ninguna otra categoría de adultos está tan carente de representación participativa... Esas mujeres fueron excluidas de la participación al frente de la crisis, en que el crédito social requería visibilidad, aunque su cooperación y participación se solicita a un nivel menos prestigiado (p. 172).

Las experiencias de desastre para las mujeres son un mosaico de necesidad y capacidad tan ricamente texturizadas, intrincadas y coloridas como lo son las numerosas culturas de las mujeres. El subsiguiente proceso de documentar cómo y con qué efectos las relaciones de género ubican a las mujeres en riesgo, debe ser completado con imágenes de mujeres como asistentes activas de las comunidades.

Explorar el terreno del género y los desastres es un desafío constante para los estudios de los desastres. Esta colección nos da un panorama del trabajo ya hecho para audiencias más amplias y expande significativamente nuestra base de conocimientos acerca de las mujeres y los desastres, particularmente en las sociedades en desarrollo. Otras selecciones generan preguntas e inquietudes sobre las inexploradas y escasamente estudiadas dimensiones del trabajo del desastre con relación al género. A menudo les surgen intrigantes y a menudo difíciles cuestiones a los brigadistas e investigadores cuando les proporcionamos un enfoque de género para el análisis de desastres en comunidades humanas. Para ayudar a pasar de la crítica a la acción, e inspirar nuevas iniciativas y relaciones, ofrecemos un capítulo editorial final señalando nuevas estrategias en la investigación, prácticas y políticas organizacionales.